



CONFERENCIAS INAUGURALES  
I (Curso 2013-2014)

EL OFICIO DE HISTORIADOR

José Ángel García de Cortázar



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA



FACULTAD DE  
GEOGRAFÍA E HISTORIA

Depósito Legal: S. 495-2013

Maquetación: J.I. Izquierdo Misiego

## PRÓLOGO

El 1 de octubre de 2013 comenzó su andadura el Máster en Estudios Avanzados e Investigación en Historia (Sociedades, Poderes, Identidades)<sup>1</sup>, el cual cuenta con dos itinerarios o especialidades, uno en Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología y otro en Historia Medieval, Moderna, Contemporánea y de América. Siguiendo una costumbre asentada en este tipo de Títulos, la Comisión Académica del Máster decidió proceder a su inauguración con la celebración de una conferencia impartida por un historiador de reconocido prestigio. El encargo se le hizo al profesor José Ángel García de Cortázar, quien amablemente aceptó la invitación y la “recomendación” de la Comisión de pronunciar una *lectio* de carácter general y con aprovechamiento, por tanto, para todos los estudiantes del Máster, independientemente de sus ámbitos o aspiraciones de especialización temática, espacial y/o cronológica.

La conferencia tuvo lugar el día 16 de octubre en el Salón de Actos de la Facultad de Geografía e Historia y a ella fueron invitados también los alumnos del Grado de Historia de esa misma Facultad, quedando abierta la asistencia igualmente a personas –profesores de instituto, docentes de otros departamentos afines de la Universidad de Salamanca...- interesadas por la disciplina histórica. La respuesta fue más que satisfactoria, algo en lo que, sin duda, tuvo mucho que ver tanto

---

<sup>1</sup> En este nuevo Título se fusionaron dos Másteres anteriores, el de *Estudios Avanzados e Investigación en Historia. España y el Mundo Iberoamericano* y el de *Historia Medieval de Castilla y León*.

el nombre y la trayectoria del conferenciante como el rótulo de su exposición. Remedando el atractivo título de un clásico y siempre actual libro de Marc Bloch, García de Cortázar decidió titular su conferencia como “El oficio de historiador”.

La Comisión Académica, animada por el interés, profundidad y calidad del discurso del profesor García de Cortázar, decidió proceder a su publicación y difusión entre profesores y estudiantes de Historia, de modo que sirva como guía de discusión y reflexión entre unos y otros. Al mismo tiempo, tomó la decisión también de iniciar con ella una colección que, con idéntica finalidad, recoja las conferencias inaugurales que en el marco del nuevo Título vayan celebrándose a lo largo del tiempo. En nombre de esa Comisión y en el mío propio, como director del Máster, me cabe el honor y el placer intelectual de dar la bienvenida a esta iniciativa que confío resulte duradera y provechosa para quienes sentimos una sincera pasión por la Historia.

Francisco de Luis Martín

## PRESENTACIÓN

El caso del profesor José Ángel García de Cortázar resulta singular, en algunos aspectos, entre los historiadores españoles. Sobre todo porque ha logrado un reconocimiento generalizado y ocupa un lugar central en la investigación y difusión de la Historia Medieval, a pesar de haber desarrollado su actividad profesional en universidades de la periferia, y creo que bastante despreocupado de muchas de las exigencias burocráticas que condicionan la investigación histórica actual.

Su interés por la Historia se desarrolló durante sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y, cuando ya se encontraba con la Tesis de Doctorado bastante avanzada, fue “fichado” –como él mismo dice- por el profesor Miguel Artola, catedrático entonces de Historia de España de la Universidad de Salamanca, para enseñar Historia Medieval. Estamos a mediados de los sesenta del siglo pasado, cuando comenzaba su trayectoria docente e investigadora.

La carrera de un profesor universitario tiene, habitualmente, varios frentes, entre los que destacan siempre la docencia y la investigación, con los que el profesor García de Cortázar ha cumplido a un nivel muy alto. Después de una estancia corta pero intensa en Salamanca –donde estuvo cuatro cursos- se trasladó a Santiago de Compostela en 1968, para ocupar la agregación de Historia Medieval, que había obtenido por oposición. Allí alcanzó la cátedra y se mantuvo hasta 1978, año en que se trasladó a la Universidad de Santander, a la que ha permanecido vinculado hasta su reciente jubilación. Durante más de cuarenta años ha formado a sucesivas promociones de

historiadores, ha dirigido la investigación de más de dos docenas de doctorandos -algunos de los cuales ocupan en la actualidad cátedras y puestos académicos relevantes- y ha dirigido departamentos que había que organizar hasta en los aspectos materiales más básicos.

Pero, al mismo tiempo, iba desarrollando una investigación muy sólida y coherente, reconocida a nivel nacional e internacional. Buena parte de su prestigio se debe, justamente, a sus estudios sobre el mundo rural castellano, una serie de investigaciones en las que es obligado destacar al menos dos aspectos: la oportunidad y un desarrollo completo y bien estructurado.

Se trataba de unos estudios muy oportunos porque advirtió la importancia del tema justo cuando los principales medievalistas europeos comenzaban a llamar la atención sobre él: García de Cortázar acabó su libro titulado *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII). Introducción a la historia rural de Castilla altomedieval* en 1968, el mismo año en que fue publicada la tesis de Robert Fossier sobre *La terre et les hommes en Picardie* o el de la traducción al castellano de la obra de Georges Duby *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, publicada en francés apenas seis años antes. Por entonces también se defendieron y publicaron las tesis de otros prestigiosos medievalistas sobre el tema.

Pronto García de Cortázar avanzó un paso más: se embarcó en la tarea de formular una propuesta metodológica que garantizara un análisis y explicación del mundo rural con base científica. Primero fue en las *I Jornadas de Metodología*

*Aplicada de las Ciencias Históricas*, celebradas en la Universidad de Santiago precisamente durante su estancia en ella, y luego en el libro en que desarrolló el contenido de su discurso de inauguración del curso 1978/1979 en la de Cantabria, donde hace una reflexión de carácter metodológico en la que incorpora las aportaciones de diversas ciencias sociales y humanas, desde la geografía al derecho, desde la sociología a la historia de la cultura, para conseguir una interpretación lo más completa e integrada posible. Esa propuesta se convirtió en una referencia para numerosos estudios que desarrollaron en años posteriores otros historiadores sobre el tema.

Y aún estaba por llegar su trabajo de síntesis, el libro titulado *La sociedad rural en la España medieval* (Madrid, Siglo XXI, 1988), cuya consulta todavía consideramos imprescindible para conocer este sector de la población, entonces sin duda el más numeroso y que resultaba básico en el funcionamiento global de la sociedad. Trataba de analizar el trabajo de producción agrícola y ganadera, el funcionamiento de las comunidades aldeanas o los mecanismos que utilizaba la clase dirigente para controlar los excedentes a lo largo de los siglos medievales.

A esas alturas ya había iniciado una nueva línea de investigación dedicada, según su propia terminología, a la “organización social del espacio”. De nuevo se trata de un tema relevante por la impronta que dejó en la sociedad y economía peninsular el proceso de ocupación, de ordenación y de disposición del territorio, especialmente por el avance de los pobladores sobre las zonas, muy extensas, recién incorporadas por los reinos cristianos, sobre todo en los siglos centrales de

este período. Esta nueva línea de investigación se plasmó en diversos trabajos, entre los que se encuentra un conocido artículo en la revista *Studia Historica*, de la Universidad de Salamanca, o el libro colectivo, en el que se advierte la labor de coordinación de García de Cortázar, titulado *Organización social del espacio en la España medieval. La corona de Castilla en los siglos VIII a XV* (Barcelona, Ariel, 1985).

Mientras tanto, sus manuales se han ido convirtiendo en obras de referencia para sucesivas promociones de estudiantes de Historia Medieval. Basta con señalar, entre los más conocidos, el dedicado a la Península -*La época medieval*, dentro de la Historia de España de Alfaguara- que tiene ya cuatro décadas, mientras que otros son mucho más recientes, como el *Manual de Historia Medieval* (con J. Á. Sesma, Alianza Ed., 2008) resumen y actualización de otra obra poco anterior de los mismos autores, que presenta un enfoque general.

No se pueden considerar empresas menores, aunque sólo las apuntaremos para no abrumar al lector, los trabajos dedicados a la historia medieval del País Vasco, o la coordinación de la búsqueda de información y análisis de obras que contienen documentación de la Edad Media, que dio lugar al conocido como CODIPHIS (el *Catálogo de colecciones diplomáticas hispano-lusas de época medieval*, Santander, Fundación Marcelino Botín, 1999, 2 t.)

A partir de sus tareas como coordinador, junto con el profesor Ramón Teja, de los seminarios que se vienen dedicando al monacato desde hace un cuarto de siglo, aproximadamente, en la Fundación Santa María la Real de



Aguilar de Campoo se ha mostrado también muy interesado por otro de los órdenes clásicos de la sociedad medieval, el de los *oratores*, todo un mundo complejo de instituciones de carácter regular y secular, que contribuyeron eficazmente al proceso de organización y explotación del espacio, enlazando con aquellas preocupaciones iniciales de su estudio sobre el monasterio de San Millán, pero ampliando ahora considerablemente la perspectiva. Tanto ha extendido esa perspectiva que su última gran obra es una *Historia religiosa del Occidente medieval (años 313-1464)* (Madrid, Akal, 2012), en la que pretende fijar los aspectos más destacados de la evolución de la cristiandad latina en unos siglos fundamentales para su configuración.

Por toda esta labor, bien a través del magisterio directo o de las obras en las que ha comunicado el fruto de sus investigaciones o sistematizado una visión completa y personal de la época, el profesor García de Cortázar ha recibido el reconocimiento público en distintas ocasiones. Señalaremos dos especialmente significativas: la concesión del Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad el País Vasco y el libro homenaje publicado este mismo año de 2013.

El primero se desarrolló en un brillante acto académico en el que los oradores -el profesor José Ramón Díaz de Durana, encargado de la *laudatio*, el Rector, el Consejero de Educación y el propio Lehendakari, Juan José Ibarretxe- destacaron los rasgos más notables de la obra y de la personalidad del galardonado. Algo que confirma el libro homenaje promovido desde la Universidad de Cantabria, que lleva por título *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder*, con una amplísima y muy diversificada participación.

Su esfuerzo de reflexión, elaboración y transmisión de los contenidos en su disciplina ha sido enorme y difícil de sintetizar. Quizá puedan servir de pauta tres consideraciones que hace en el libro de entrevistas titulado *Pasión por la Edad Media* (Universidad de Valencia, 2008), dirigidas a los tres sectores más implicados en la enseñanza, en este caso concreto de la Historia.

A los poderes públicos les advertía entonces, justo cuando todavía casi nadie era consciente de la crisis que se iba a producir, la necesidad de mantener las inversiones frente a la tendencia a recortar en este campo. A los profesores universitarios, colectivo entre el que observaba un considerable envejecimiento (cada vez mayor, a consecuencia de los recortes que, efectivamente, se produjeron), les reconvenía sobre la escasez de rigor metodológico y de conceptualización que se observa en muchas obras. Y a los estudiantes les señalaba la necesidad de leer mucho y de mantener siempre la inquietud y curiosidad intelectual.

Estas y otras muchas reflexiones formuladas en sus obras resultan hoy tan pertinentes como reveladoras de la importancia de la Historia, también de la Medieval, para interpretar correctamente muchos de los problemas del presente.

José Luis Martín Martín

## EL OFICIO DE HISTORIADOR

José Ángel García de Cortázar

Catedrático jubilado de Historia Medieval

En los días finales del mes de mayo de 1968 (¡el famoso mayo del 68!), tras cuatro cursos académicos como profesor en la universidad de Salamanca, realicé en Madrid el concurso-oposición de viejo formato con sus seis ejercicios. Mi éxito en el mismo me convirtió entonces en Profesor Agregado de Historia Medieval en la universidad de Santiago de Compostela.

Desde entonces, he tenido ocasión de volver unas cuantas veces por esta ciudad y esta universidad salmantinas. Lo he hecho a la ciudad: como turista y como guía de grupos de mis alumnos de otras universidades (Santiago; Cantabria), deseosos de conocer su historia y, sobre todo, su arte tallado en la dorada piedra de Villamayor. Y lo he hecho a la universidad: como

ponente en algunas reuniones científicas (la última, a finales del pasado mes de abril cuando el cabildo catedralicio conmemoró los quinientos años del comienzo de las obras de la catedral nueva) y como miembro de tribunales que han juzgado tesis doctorales realizadas en el departamento de Historia Medieval de esta facultad.

Creo, sin embargo, que, desde 1968, es la primera vez que he regresado a mi antigua facultad salmantina para “dar una clase”. En este caso, la que inaugura el nuevo Master de Historia. Agradezco, por ello, a los profesores encargados de impartir el mismo y, en particular, a su coordinador Francisco de Luis y a nuestro contacto y buen amigo, José Luis Martín Martín, esta nueva ocasión de encuentro con alumnos de una facultad que dejé hace cuarenta y cinco años.

El encuentro, a propuesta de los organizadores, tiene por objeto hablar del oficio del historiador ante un público constituido en parte por personas que aspiran a serlo. Con su invitación, esos organizadores, probablemente escépticos respecto a la pretensión de que la Historia pueda ser una *magistra vitae*, han estimado, en cambio, pertinente que un profesional veterano como yo reflexione en voz alta sobre el oficio de historiador. Mis méritos para hacerlo consisten ante todo en el hecho de que, por mi edad, he tenido ocasión de leer unos cuantos libros más que vosotros y, subsidiariamente, en el hecho de que, amparado en esa circunstancia, he venido realizando a lo largo de los años, de forma alternativa aunque siempre conexionada, reflexionada y dialéctica, tres tipos de operaciones intelectuales que resultan propias de dicho oficio.

La primera operación ha sido: la profundización en el conocimiento de la evolución de la sociedad, particularmente, de la asentada entre los siglos X y XV en el espacio norteño (vasco, cántabro, castellanoviejo, riojano) de España. De esa sociedad me preocupó, al principio, con ocasión de la elaboración de mi

tesis doctoral sobre *Vizcaya en el siglo XV*, conocer los aspectos relacionados con su actividad mercantil. Después, precisamente al hilo de mi tarea de dirigir los trabajos de los treinta alumnos que siguieron el llamado *Curso Monográfico Variable* en esta facultad el año académico 1966-1967, me asomé a los temas relativos a su historia rural, terreno por el que, desde mi estudio sobre *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla*, paseé durante quince años. Más tarde, y siempre en el espacio entre el Cantábrico y el Duero, me interesé por las formas que la sociedad instalada en ese ámbito en los siglos X a XIV desplegó para organizar el espacio. Y, por fin, en los últimos años, me he sentido atraído por el estudio de las circunstancias y las modalidades que caracterizaron los mecanismos de adhesión de aquella sociedad a una Iglesia y por las manifestaciones de sus vivencias religiosas.

Así esquematizado, mi itinerario como investigador puede recordar, en cierto modo, la biografía de algunos de aquellos mercaderes del siglo XV de los que os habrán hablado vuestros profesores. Aquellos personajes, primero, hicieron su fortuna en el comercio; después, a la búsqueda de un beneficio, de unas rentas, más seguro, invirtieron parte de su riqueza en el mundo rural; y, cuando sintieron que se acercaba el final de sus vidas, orientaron sus preocupaciones a buscar el perdón de la Iglesia a sus pecados y, como ayuda para conseguirlo, además de sus oraciones, se mostraron generosos hacia catedrales, monasterios e iglesias.

Comercio, mundo rural, Iglesia en la trayectoria histórica de los mercaderes del siglo XV y en mi propia trayectoria de preocupaciones historiográficas. Y aquí estoy hablando de investigación. Esto es, de la parcela más significativa, más definidora, de nuestro oficio de historiador. En el ejercicio de esa labor investigadora, como hace todo científico de cualquier disciplina, partí con el bagaje de las reflexiones y los hallazgos de quienes me habían precedido en el cultivo de esos mismos

temas, bien en España, bien en Francia, en Inglaterra o en Italia. En efecto, por muy originales que nos creamos, siempre ha habido por delante de nosotros alguien más o menos afortunado o perspicaz que ha sugerido un camino o denunciado un sendero sin salida.

Esas ideas de otros, producto de lecturas orientadas por uno mismo o, si es posible, por resultar más rentable, sugeridas por un maestro, sirven al historiador como hipótesis de partida que aplicar al caso que ha seleccionado como objeto de estudio, como problema a investigar. Son aquellas lecturas las que inspiran la selección razonada de los temas a investigar como son esas hipótesis deducidas de aquéllas las que orientan la búsqueda de los testimonios más idóneos para corroborarlas o desecharlas. En una palabra, acotación inteligente del tema, conocimiento y aplicación de hipótesis, utilización de técnicas adecuadas para el hallazgo, extracción, análisis y valoración de las informaciones contenidas en las fuentes constituyen la secuencia ineludible del *iter* del investigador.

La segunda de las operaciones intelectuales realizadas por mí a lo largo de mi vida académica ha sido la elaboración de unas cuantas síntesis, de unas cuantas exposiciones generales de las líneas maestras de los comportamientos respectivos de las sociedades vasca, riojana, española, europea. En primera instancia, ese esfuerzo de síntesis lo he hecho siempre para mi propia intelección de los procesos históricos medievales. Reconozco que me es difícil ordenar mis ideas si no las pongo por escrito. Y al hablar de esas síntesis (la última, la relativa a la historia religiosa del Occidente medieval, que se publicó hace un año), estoy hablando, en cierto modo, de docencia, en cuanto que, a través de esos libros y del éxito que los ha acompañado, he conseguido añadir, a los estrictamente presenciales en mis clases, un amplio número de alumnos.

De esas síntesis, que, como digo, son, ante todo, rendiciones de cuenta personales del pasado medieval, he podido deducir que, a escala global y pese a diferencias de tono menor, la evolución de las diversas sociedades regionales europeas en la Edad Media se explica mucho menos en términos de identidades propias, de esas que ahora apasionan a algunos gobernantes, que en términos de desarrollo relativamente similar. Es precisamente la abundancia de evidencias de una evolución histórica bastante parecida en las diferentes sociedades regionales que se cobijan en el interior de una sociedad global, como la del Occidente medieval, la que permite al investigador servirse de la luz que arrojan los ejemplos mejor conocidos de un proceso para iluminar las oscuridades del caso que ha escogido estudiar.

La comparación entre comportamientos de sociedades regionales diversas permite dibujar los marcos espaciales y sociales en que resulta inteligible un determinado proceso histórico y, en última instancia, ayuda a localizar en el desarrollo global de aquél distintos comportamientos singulares. Después, será el conocimiento más preciso de éstos el que permita localizar a una determinada sociedad en el centro, en la periferia, en el confín o en la frontera. Centro, periferia, confín, frontera de un sistema económico, de un sistema político, de un sistema mental, de una sociedad global. Todo ese conocimiento, en permanente relación dialéctica con el ejercicio de la investigación personal, dota a ésta de mayor riqueza, de mayor amplitud de horizontes. A la inversa, la investigación del caso concreto permitirá matizar, individualizar, los rasgos que con carácter inevitablemente general se atribuyen a un proceso de carácter más o menos global.

Y la tercera operación a la que he prestado atención a lo largo de mi *cursus* intelectual ha sido la reflexión tanto sobre las bases conceptuales o metodológicas de la investigación que he realizado como sobre las condiciones y los resultados del quehacer historiográfico de otros profesionales medievalistas. Y

aquí estoy hablando más directamente del conocimiento preciso de dos cosas. Una, cuáles son los instrumentos (conceptuales, metodológicos, técnicos) de nuestra profesión y cómo los utilizamos. Y dos: cuál es la situación concreta (problemas; debates; consensos) en que se encuentra en un momento dado la parcela o las parcelas de conocimiento histórico que he escogido como campo específico tanto de mi docencia como, particularmente, de mi investigación.

El conjunto de las tres operaciones (realización de investigaciones; construcción de síntesis; elaboración de reflexiones) ha constituido, en permanente relación dialéctica, mi particular forma de realizar el oficio de historiador. Éste, a su vez, lo he vivido siempre como una empresa individual, en un alto grado, autodidacta. Es sabido que, en los años en que los españoles nos creímos ricos, un conjunto de iniciativas, paralelas a las puestas en marcha por historiadores de otras latitudes, animaron la perspectiva de que el oficio de historiador podía vivirse a escala colectiva, en equipo.

Pese a aquel tipo de iniciativas, me parece que la realidad sigue siendo que lo único colectivo de nuestro oficio puede ser la reflexión conjunta y orientada sobre un mismo tipo de problemas. Por supuesto, no es ni mucho menos desdeñable la rentabilidad que puede esperarse de un esfuerzo semejante. Pero no nos engañemos: al final, el historiador debe enfrentarse a solas con su destino. Puede pedir prestados los modelos y las hipótesis con que se dispone a estudiar su caso. Puede enriquecerse con los hallazgos de los demás. Puede sacar partido de una aplicación colectiva de esfuerzos en la detección y depuración de las fuentes, en el aprovechamiento de sus informaciones y en la propuesta de análisis de los datos. Pero, al final, es cada uno quien debe enfrentarse con el *hic et nunc* de toda investigación, con la evaluación personal de los hechos comprobados y la escritura individual de la interpretación



argumentada. Como el de cualquier creador, el oficio de historiador resulta, a la postre, un oficio bastante solitario.

En mi caso, este oficio se forjó en la universidad de Valladolid junto al profesor Luis Suárez Fernández, mi director de tesina (presentada en 1962) y de tesis (presentada en 1965), y junto al profesor Jesús García Fernández, catedrático de Geografía. Pero mi oficio se forjó, quizá, sobre todo, en esta universidad de Salamanca junto al profesor Miguel Artola. Si del profesor Suárez pude haber heredado el gusto por las síntesis y del profesor García Fernández mi interés por los temas del mundo rural y la organización del espacio, del profesor Artola aproveché su insaciable afán de respuestas que sólo se pueden encontrar en un trabajo investigador cuyas pautas de funcionamiento se asemejan mucho en todas las disciplinas científicas.

Entre esas pautas, cuatro me parecen imprescindibles: ilusión, trabajo, constancia y humildad. Si queréis que lo exprese en una frase, podría formularlo así: la investigación en historia debe basarse en un trabajo constante estimulado por la ilusión de comprender cada vez mejor el pasado de una sociedad y mantenido intelectualmente por la convicción de que siempre estamos en edad y en situación de aprender. En mis años mozos, pienso que la ilusión estaba revestida más del traje de la vocación que del cálculo laboral. Personalmente, escogí realizar los estudios de Filosofía y Letras, que no existían en mi población de origen, Bilbao, y lo hice, con la anuencia estimulante de mis padres. Fueron ellos unos convencidos de que, con trabajo y disciplina, uno puede alcanzar las metas que se proponga. Por supuesto, eran tiempos más felices para el empleo que los de hoy pero tampoco en 1956, año en que comencé los estudios de Licenciatura en Valladolid, las perspectivas de supervivencia de un licenciado en Letras eran especialmente esperanzadoras. La ilusión, la vocación dirán

otros, que no me ha abandonado hasta hoy, ha estado en la base de mi particular forma de entender el oficio de historiador.

En segundo lugar, el trabajo o, uniendo como es inevitable, trabajo y constancia, en segundo lugar, la constancia en el trabajo. La había tenido durante mi bachillerato, espoleada por un acendrado sentido de la responsabilidad (al fin y al cabo, soy el mayor de once hermanos), y la multipliqué cuando, una vez concluidos los dos años de Estudios Comunes en la facultad, me encontré ya inmerso en la especialidad de Historia. Desde entonces hasta, al menos, diez años más tarde, en que obtuve la plaza de Profesor Agregado de Historia Medieval de la universidad de Santiago, mi jornada de trabajo fue de doce horas diarias. Después, mi horario laboral disminuyó un poco aunque nunca por debajo de las ocho horas diarias. Al fin y al cabo, siempre me ha parecido un fraude a la sociedad que se hace cargo, como poco, del 60% de los gastos de cada puesto universitario, esquivar la obligación de trabajar en los mismos términos, al menos, que se exige a un obrero de la construcción o de la cadena de montaje de una fábrica de automóviles. Afortunadamente para mí, tuve la suerte de convertir pronto en ilusionante y entretenido *hobby* mi dedicación profesional y alcanzar el envidiable status de convertirme en un privilegiado al que la sociedad paga, en mi caso lo ha hecho durante cincuenta años, por hacer lo que le gusta.

En último lugar, la humildad, entendida en el sentido que he apuntado antes. Esto es, en el de la convicción de que siempre debemos seguir aprendiendo, de que siempre hay alguien (unas veces, un maestro, pero, otras veces también un discípulo) que te puede enseñar algo. Más de una vez, vuestros profesores os habrán recordado la frase que se atribuye a un hombre del siglo XII, Bernardo de Chartres: “Somos enanos a hombros de gigantes y si nuestra vista alcanza más que la de ellos no es porque nuestra vista sea más aguda sino porque ellos nos alzan sobre su estatura gigantesca”. Sin esa dosis moderada de

humildad, de aprendizaje continuado, cualquier investigador está expuesto al fiasco que, como sabemos, muchas veces tiene esa cómica imagen de descubrimiento de algún mediterráneo, situación que no es, ni mucho menos, monopolio exclusivo de los llamados eruditos locales.

Con esos cuatro instrumentos (ilusión, constancia, trabajo, humildad intelectual), he tratado siempre de acercarme a mi campo de estudio, a la historia en cuanto evolución del hombre en sociedad en el pasado, cuyo conocimiento nos permite construir la Historia en cuanto disciplina.

Y ¿qué es esa Historia en cuanto disciplina? Con unas u otras palabras, sabemos que la Historia en cuanto disciplina es, ante todo, la forma en que una sociedad se rinde cuentas de su pasado. Desde esa constatación elemental, podría decir con más solemnidad que esa Historia, esa rendición de cuentas, se basa en una determinada percepción del pasado, que, a su vez, constituye un ejercicio individual de recuperación de una herencia cuyos códigos significantes sólo resultan inteligibles en un determinado marco social. Cada vez que éste se modifica, aquella percepción se ve igualmente modificada. Dejemos la solemnidad y regresemos a la frase simple de que la Historia en cuanto disciplina es, ante todo, la forma en que una sociedad se rinde cuentas de su pasado. En su aparente elementalidad, la frase está cargada de todos los contenidos que atañen al oficio de historiador. Observemos, en consecuencia, los tres que, de modo explícito, se enuncian en ella: la forma, la sociedad, la rendición de cuentas.

La forma. ¿Cuál es la forma en que una sociedad presenta su pasado? La experiencia nos dice a diario que esa forma es hoy enormemente variada. Está la forma oral, la forma escrita y la forma visual. En cualquiera de las tres, tras su apariencia, hay, debe haber siempre, un relato, un guión que, en buena medida, obedece a unas normas de composición propias de un género

literario. A partir de ese guión, un contertulio televisivo es capaz de disparatar sin desmayo y, sobre todo, sin responsabilidad. De sus labios escucharemos, y lo hacemos a diario, la conocida equivalencia entre Edad Media, crueldad, intolerancia y oscurantismo; como si crueldad, intolerancia y oscurantismo no hubieran existido, en grado superlativo, en la culta Europa entre 1914 y 1994. Por su parte, a partir de su propio guión, un autor de novela histórica, hoy tan en boga, intentará hacerse perdonar su laxitud en la presentación de los hechos históricos con la pretensión de que su novela recoge con sensibilidad aspectos de la vida cotidiana y de los sentimientos de las gentes que los trabajos de investigación y de síntesis histórica incorporan rara vez.

Pero dejemos aparte a los numerosos intrusos que han invadido un campo, el del conocimiento histórico, que los profesionales del mismo no hemos sabido defender (con la muralla de una gramática y un vocabulario específicos y exigentes) como han hecho los médicos, los abogados o los científicos de la naturaleza. Pasemos, en cambio, a ver la forma en que los historiadores de oficio presentan el pasado de su sociedad. Como norma, se espera de ellos que lo hagan combinando con inteligencia y honestidad dos elementos: unos hechos probados y una interpretación argumentada. La ausencia de uno de los dos invalida la presunción de estar haciendo historia. Sin hechos probados, sólo hay teoría o, en el peor de los casos, consignas; sin interpretación argumentada, sólo queda un almacén de datos más o menos ordenados o desordenados.

Para averiguar los hechos, un historiador tiene que especializarse. Como en toda disciplina científica, los avances en Historia se han producido a partir de conocimientos cada vez más especializados, del empleo de técnicas de todo tipo más sofisticadas. Si la verdad, en Historia como en las Ciencias de la naturaleza, es siempre provisional, necesitamos un constante ejercicio de búsqueda, identificación, análisis y comprobación de

los hechos, orientado siempre (ese ejercicio) por la voluntad de discernir un problema histórico, de explicarnos y explicar un caso concreto. El conocimiento comparado de otros casos y la familiaridad con hipótesis que explican los comportamientos sociales, todo ello producto de lecturas reflexionadas, ayudarán a la aplicación de técnicas oportunas a las fuentes que maneja el historiador. Con la ayuda de tales técnicas, iremos extrayendo los datos, los elementos que, debidamente depurados y engarzados, servirán para construir nuestra interpretación personal.

Para alcanzar una interpretación coherente y, en especial, más convincente que la interpretación anterior, un historiador, un investigador en Historia, tiene que cumplir dos tareas: acudir, como he dicho, al pasado con las hipótesis más agudas y totalizadoras y ser capaz de construir un relato de lo sucedido en aquél. Es en la construcción de ese relato donde el historiador debe dar la talla de su capacidad argumentativa y, si me apuráis, hasta puramente literaria. Si uno no sabe exponer con claridad una idea corre el riesgo de que los demás piensen que no ha comprendido la idea que trata de exponer. En resumen, hechos probados e interpretación argumentada pero, ¡ojalá también!, nervio literario para expresar con claridad los hallazgos y las ideas.

La lectura de obras de otros historiadores pero, sobre todo, la lectura de todo tipo de libros (ensayo, teatro, novela; personalmente, he sido siempre un devoto lector de novela policíaca, género que tanto tiene que ver con el oficio detectivesco del historiador) está en la base de la capacidad personal para construir un relato coherente. ¡Leed!, ¡leed!, ¡leed!, pero leed ejercitando con sosiego una lectura comprensiva. Parece paradójico pero es evidente que teléfonos y tabletas han convertido a adolescentes y adultos en lectores y escribientes compulsivos a quienes la propia compulsión deja exhaustos para la tarea, ineludible a todo historiador, a todo universitario, de

una lectura comprensiva de textos más largos, especializados y complejos. Una lectura de la que luego brote con cierta espontaneidad, cuando menos, una mediana destreza a la hora de redactar un texto.

¡Cuánto he añorado, sobre todo, en mis últimos lustros como profesor, aquella destreza en la redacción que, en mis años mozos, nos exigían al concluir el bachillerato y que, personalmente, considero el mejor legado que recibí en mi paso por el Colegio de Santiago Apóstol (La Salle) de Bilbao! Sin esa destreza de partida, que debe adquirirse en la adolescencia del historiador, ¡cuánto tiempo consumido por un profesor en la corrección meramente estilística de tesis y tesinas dirigidas! ¡Cuánto tiempo sustraído al intercambio enriquecedor de ideas y reflexiones entre maestro y discípulo!

No olvido y pido que no olvidéis que seguimos en nuestra definición de Historia como disciplina. Tras la forma, la sociedad que se rinde cuentas del pasado. Una pregunta surge inevitable: ¿es realmente la sociedad en su conjunto la que propone los relatos interpretativos del pasado? Evidentemente, no. En toda sociedad, han sido los grupos dominantes quienes han tendido a incluir, como instrumento de control de la misma, su capacidad para generar o, al menos, para seleccionar una determinada visión del pasado e imponerla al resto de la sociedad. Esa circunstancia se ha compaginado históricamente con el hecho de que la labor de construir esa visión ha quedado en manos de gentes más o menos especializadas en ese quehacer.

Como sabemos, desde mediados del siglo XIX, esa tarea de construcción de una visión del pasado, realizada a través de la elaboración de los correspondientes relatos, ha sido ocupación profesional de historiadores. Ahora bien, un historiador, también un historiador de los siglos XIX, XX y XXI, vive en una sociedad concreta y es condicionado por el poder existente en la misma. Si ese poder es de carácter dictatorial, se atribuirá como

competencia también el control de la interpretación del pasado. Señalará con precisión, en algunos casos, medida en términos de encarcelamiento y siempre en los de exclusión social, el valor que otorga a los hechos, a los *facta* del pasado. Cuáles de ellos son los *memorabilia*, los dignos de recuerdo, cuáles los *memoranda*, los de recuerdo obligado, y cuáles los que deben ser objeto de una *damnatio memoriae*, de un deliberado olvido. Y los historiadores, si quieren sobrevivir o no ser excluidos socialmente, se verán abocados a aceptar, con mayor o menor adhesión, la interpretación única, el relato oficial, del pasado.

Fuera de los sistemas dictatoriales, más o menos toscos o sutiles en el control de la recuperación o de la denostación de un determinado pasado, los historiadores suelen disponer de condiciones de libertad para construir esa rendición de cuentas del pasado a la que llamamos Historia.

En uso de esa libertad, el historiador puede partir en su estudio del pasado de una teoría global de los comportamientos humanos de raíz filosófica o sociológica, que actúa a modo de hipótesis general. Puede pensar que es el materialismo dialéctico, el estructuralismo, el sociologismo de tipo weberiano o el positivismo liberal el que mejor explica, en la gran escala de la historia universal, aquellos comportamientos y, en consecuencia, hinca sus hipótesis globales en una u otra de aquellas opciones. Cualquiera que sea su opción de partida, sin embargo, se espera que un historiador se comporte profesionalmente, esto es, subordine su esfuerzo investigador no a la demostración interesada de un principio ideológico sino a la búsqueda de una verdad, que, en el caso de la Historia, sólo podrá adquirirse a través de aproximaciones sucesivas orientadas por el doble compromiso personal de la profesionalidad exigente y la honestidad intelectual.

Esas aproximaciones son las que van iluminando progresivamente el territorio de nuestra indagación particular

hasta hacer aparecer en él lo que pudo ser, al menos, la sombra de la verdad histórica. ¿Y cómo calibrar cuál de las posibles interpretaciones se ha acercado más a esa sombra de verdad del pasado, que es lo más que podemos aspirar a conocer los historiadores? Sólo hay un instrumento para averiguarlo y es medir cuál de las interpretaciones ofrece a la comunidad científica de especialistas la explicación más convincente del mayor número de circunstancias y de relaciones de los protagonistas de un suceso o un proceso históricos.

Ésa será, finalmente, la rendición de cuentas del pasado que hemos considerado núcleo de la Historia como disciplina científica. Esa rendición de cuentas, esa Historia, está gestionada con frecuencia a partir de dos principios que debemos entender en su justa medida. Uno de ellos dice: “toda historia es, en el fondo, historia contemporánea”. El otro proclama: “sólo hay una historia y esa historia es la historia universal”.

“Toda historia es, en el fondo, historia contemporánea”. La frase que, al decir de profesores universitarios especialistas en otras Edades históricas, ha servido para acrecentar desmedidamente la plantilla de los contemporaneístas en algunas facultades, no tuvo en origen esa pretensión. Más bien, trataba de poner de relieve cómo en la rendición de cuentas del pasado cada sociedad arranca, muchas veces, de las preguntas y los problemas que le acucian en el presente. Son unas y otros los que, en un momento dado, aguzan la sensibilidad social en una determinada dirección y la hacen más atenta a manifestaciones del pasado que, hasta entonces, tal vez, habían pasado inadvertidas.

Un repaso somero a la historiografía elaborada en los últimos cien años certifica la validez de este principio: los hechos bélicos y diplomáticos, el derecho y las instituciones, las crisis económicas, los conflictos sociales, las minorías, la mujer, las mentalidades, el poder, la ecología, las redes sociales han



sido otros tantos temas que los historiadores han ido cultivando sucesivamente con especial intensidad. Como si las cuestiones más palpitantes de cada presente animaran al historiador a preguntar por ellas a cada pasado. Bien sabemos que, en cada etapa a lo largo de ese último siglo, la historiografía no ha dejado de cultivar temas que en la etapa anterior rellenaban artículos y monografías. Pero también sabemos que, en cada etapa, ha puesto su acento en nuevos temas. Y, a la escala de las posibilidades ofrecidas por las respectivas fuentes, lo han hecho a la vez antigüistas y medievalistas, modernistas y contemporaneístas. Ello es lo que deja ver en el conjunto de la historiografía unos ritmos de interés, unas modas de atención temática generales.

Es bueno, por supuesto, que el oficio de historiador incluya sensibilidad hacia esos cambios en la moda historiográfica porque enriquecen el oficio, pero no lo es tanto, en cambio, que el seguimiento de una moda fuerce a un historiador concreto a renunciar a rentas adquiridas en el cultivo cuidadoso de otros temas, quizá anteriormente en boga. Y, por supuesto, es peligroso que, en aras de estar a la moda, un historiador se lance, con la alegría e irresponsabilidad que con frecuencia observamos, a campos temáticos cuyas coordenadas le son prácticamente desconocidas. Se supone que un historiador debe ser ante todo un profesional competente y responsable, no un vendedor de aparentes novedades que, al final, pueden ser meras falsificaciones como las que los manteros ofrecen en nuestras calles y plazas.

Pero la frase de “toda historia es, en el fondo, historia contemporánea”, de la que en los últimos meses tenemos y en los próximos tendremos aun más un ejemplo paradigmático en la exaltación de una particular interpretación de lo que aconteció en Cataluña en 1714, ha traído consigo una secuela especialmente preocupante. Y es esa invasión de presentismo del que son víctimas reconocidas los estudiantes de Primera y Segunda

Enseñanza pero comienzan a serlo también los universitarios de las facultades de Historia. Ese presentismo trata de hacernos creer que lo importante, esto es, aquello que explica mejor nuestra propia existencia en el mundo, ha sucedido en los últimos cien años. Y eso, a mi entender, es rotundamente falso.

¿Cómo podemos aceptar la desmesurada atención que se da en nuestros planes de estudio a temas como el juego de partidos o a la lucha sindical de la primera mitad del siglo XX si los comparamos con la otorgada a la revolución neolítica, a la filosofía griega, al derecho romano, al cristianismo, al Renacimiento o a la Ilustración en la configuración de nuestra mentalidad y sensibilidad de europeos occidentales también hoy?

Por centrarme en cosas que conozco mejor, ¿os dáis cuenta de que, en el acto que actualmente desarrollamos en esta aula, estamos, en cierta manera, rindiendo reconocimiento a un legado del largo siglo XII, esto es, de los ciento cuarenta años que transcurrieron entre 1075 y 1215? Estoy expresando en castellano una reflexión intelectual personal y lo hago en una universidad que radica en una ciudad cuya sociedad, al margen de ateísmos personales, está integrada en una esfera cultural cristiana. Idioma, autonomía del pensamiento, institución universitaria, sentido de ciudadanía o, en general, sentido contractual de la relación política, Cristiandad. Ser consciente de todo ello, ¿no facilita, mucho más que los resultados electorales franceses de hace veinte años o que las dimensiones del producto interior bruto del Brasil de hace diez las claves de nuestra forma de estar y entender el mundo? Esa es la grandeza de la historia como disciplina: historizar, relativizar; en este caso, domeñar el presentismo invasor.

Esa tarea podemos intentar abordarla desde la asunción de los contenidos implícitos en la segunda de las frases que antes he enunciado. En este caso, la de que “sólo hay una historia y ésa es la historia universal”. La frase sugiere, ante todo, dos

perspectivas. La primera es la del relato de lo acontecido; en este sentido, sólo una historia universal puede dar cuenta de aquellos procesos fundamentales en la evolución de la humanidad, de aquellos procesos que, después, a escala de cada sociedad particular, se llenarán de nombres y matices, de éxitos y fracasos, de aceleraciones y retrasos. Y se supone que todo historiador debe tener, si no la obligación de conocer a fondo cada uno de esos procesos, sí la de estar familiarizado con los mecanismos de los comportamientos sociales y, en definitiva, de saber con exactitud en qué punto del universo histórico se incardinan sus conocimientos de una época o los más precisos de su campo de investigación.

Por su parte, la segunda perspectiva a la que se abre la frase de “Sólo hay una historia y ésta es la historia universal” es la de la aplicación de unos métodos en el curso de nuestra investigación. En este punto, no olvidemos que, al margen de deficiencias personales, los métodos del historiador son universales aunque los temas de estudio escogidos por cada investigador sean locales. En una palabra, el compromiso del oficio de historiador es aplicar métodos universales a su particular estudio. En cierto modo, si se me permite la expresión, es hacer historia universal de una aldea, de una ciudad, de un poder local, de un cabildo catedral, de una devoción popular. Sólo abordando cada uno de estos temas particulares con las amplias perspectivas de preguntas y métodos de validez universal podremos alzar consistentes y argumentadas interpretaciones. Interpretaciones en que los hechos estén debidamente comprobados y en que las argumentaciones sean razonadas con firmeza.

Por supuesto, aun aceptada la solidez de sus planteamientos y la honestidad y profesionalidad de su manejo de las informaciones, no todos los historiadores alcanzan los mismos niveles de calidad en su intentona de interpretar el pasado, de hacer historia. Hace unos años, y en una comparación con

distintas deficiencias de la visión ocular, me referí a diferentes métodos de acercamiento a los hechos del pasado, que, por sus limitaciones, podían condicionar la interpretación de aquel pasado por parte de los historiadores. Cataratas, estrabismo, astigmatismo, miopía, hipermetropía tienen así su correlato en aproximaciones al pasado que, en beneficio del conocimiento cabal de éste, debemos tratar de curar.

El historiador con cataratas. Si una persona afectada de cataratas tiene una visión empañada, brumosa, de los objetos, un historiador con esa dolencia propenderá a mezclar indiscriminadamente métodos, planos de análisis y hechos y será incapaz de responder a las exigencias mínimas de su oficio. El historiador estrábico. El estrabismo produce una divergencia en el comportamiento de los ejes visuales de modo que los de los dos ojos no se dirigen a la vez al mismo objeto. Aplicado a un historiador, el estrabismo mental propicia una especie de esquizofrenia conceptual y metodológica al intentar aplicar a un determinado material histórico varios paradigmas diferentes de visión del pasado con el resultado de una pérdida de coherencia en los planteamientos de su discurso.

El historiador astígmata. El astigmatismo tiende a subrayar uno de los ejes (horizontal; oblicuo; vertical) de los objetos en detrimento de los demás; un historiador astígmata tenderá así a ver los procesos que estudia desde una perspectiva unilateral y tratará de interpretar el pasado teniendo en cuenta uno solo o unos pocos factores con desprecio de los demás, lo que le llevará eliminar aquellos datos que no cuadran bien con la línea interpretativa escogida. El historiador miope. La miopía dificulta la visión de los objetos alejados; un historiador miope ve de cerca los árboles, los datos, pero carece de la visión del bosque, del conjunto. Tenderá, por ello, en el mejor de los casos, a realizar una presentación ordenada de esos datos pero no será capaz de valorarlos ni de integrarlos en un relato coherente porque desconoce el proceso en que cobran significado. El

historiador hipermétrope, por el contrario, ve el conjunto, conoce el modelo global, pero no es capaz de distinguir los árboles, de detectar la respuesta individual de su caso al comportamiento general y, por ello, tiende a demostrar el modelo por el modelo y la hipótesis por la hipótesis. Olvida, en una palabra, que cada proceso general histórico se plasma en cada caso según unas circunstancias específicas de tiempo, espacio, duración y grado de compleción, que son justamente las que él tiene que poner en evidencia en su investigación concreta.

¡Guardaos, por tanto, de las afecciones oculares, y procurad conservar y acrecentar la salud, la agudeza, de vuestros ojos de historiador!

Y concluyo. Y lo hago volviendo otra vez sobre los pilares de nuestro oficio, de todo oficio que aspira al éxito, que son: ilusión, constancia, trabajo, humildad intelectual. Sin el cultivo de los cuatro aplicado al conocimiento del pasado no llegaréis a ser buenos historiadores. Sólo con su cultivo lo conseguiréis. Conseguiréis apasionaros por la Historia como disciplina, y, desde ese apasionamiento, la observaréis como una actividad intelectual, personal y socialmente útil. Personalmente, porque nos empuja a relativizar, a ver las existencias humanas con el claroscuro grisáceo que caracteriza a todas, y, en consecuencia, a ser tolerantes. Socialmente, porque el conocimiento del pasado, de la verdad del pasado, contribuye a comprender el presente y, con ello, a configurar espacios en que pueda cumplirse el añorado deseo de que “la verdad os hará libres”, que tiene su exacto reverso en la ilusión fundada de que a los hombres sólo la libertad los hace verdaderos.

En estos tiempos de invisibilización de las Humanidades, esto es, de muchas de las cosas que constituyeron valores sociales indiscutibles hace unos pocos decenios (cosas como pensar, sentir la belleza de la literatura, el arte o la música), no somos quienes seguimos defendiendo cosas como la Historia los

que estamos equivocados sino aquéllos que, en aras de un reduccionista beneficio, olvidan que la vida de los hombres adquiere su plenitud cuando su mente se cultiva y sus sentimientos se fortalecen.

Cultivar mentes y fortalecer sentimientos de tolerancia, humanismo y solidaridad forman parte del bagaje del historiador como ciudadano. Para lo demás, está el ejercicio honesto y profesional de su oficio, esa excéntrica profesión liberal que consiste en reflexionar sobre el pasado desde las preguntas, siempre cambiantes, que los sucesivos presentes nos ofrecen; ese oficio cuyas líneas maestras, partiendo de mi experiencia personal, he tratado de dibujar ante vosotros.